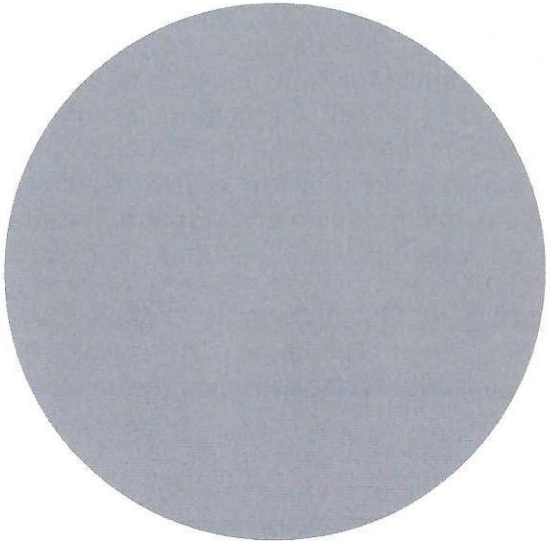
Juicio a Lesparre

Peio J. Monteano Sorbet



Puede decirse que la actuación del señor de Lesparre en la batalla de Noáin aquel 30 de junio fue duramente criticada desde el primer momento. En eso coincidieron cronistas e historiadores españoles, navarros, bearneses y franceses. Y así, sin conocer muy bien las razones de su actuación, el joven general francés pasó a la historia como el militar incompetente que malogró la recuperación del reino de Navarra en 1521.

Tan sólo cinco días más tarde, al conocer la noticia de la derrota, la madre de Francisco I se lamentaba en su diario de lo mal que se había llevado la campaña de Navarra a causa, según escribía, del "desorden" y "conducta diligente". Sin que sepamos bien a qué se refería, sentenciaba que rezar largos padrenuestros y murmurar oraciones no servían en la guerra. Tan solo –concluía– a la gente que no sabía qué hacer.

Los cronistas primero y los historiadores después tomaron el testigo en el descrédito del general. Medio siglo después, el guipuzcoano Garibay le acusaba de haber cometido "muchos yerros irreparables", mientras que el francés Belleforest le reprochaba sus "grandes errores indignos de un gran jefe". Aún a doscientos años de distancia, el cronista navarro Alesón decía que a Lesparre "le sobraba ánimo y le faltaba todo lo demás" y que, con la derrota, tuvo la desgracia bien merecida de su locura. El propio Boissonade, al estudiar la conquista a finales del siglo XIX, no fue más clemente con él cuando le acusaba de no haber sabido tomar ni una decisión a tiempo. Así pues, a Lesparre se le podía atribuir lo que Sandoval decía tras relatar la batalla: "Todos muerden al que huye, porque es triste la suerte del vencido".

Pero, ¿de verdad Lesparre cometió tantos errores? Ahora que conocemos mucho mejor los acontecimientos y hemos hallado la correspondencia del general podemos entender también mucho mejor las razones de su actuación. Y hemos de concluir que las posibilidades que se le abrían aquel verano de 1521 eran muy limitadas por una serie de circunstancias que él no se cansa de repetir en sus cartas al

rey de Francia. Pongamos sobre el tapete, pues, los principales reproches.

Atacar Logroño

Los cronistas e historiadores –especialmente los navarros– le acusaron de provocar la reacción castellana al invadir su suelo. Y no solo ellos. Un par de semanas después de su derrota, un anónimo personaje aseguraba que ningún castellano hubiera entrado en Navarra de no ser por el saqueo de Los Arcos (entonces localidad de ese reino) y el ataque a Logroño. En 1534, Remírez de Ávalos defendía que ese "atrevimiento" fue la causa de su destrucción. Con él coincidía Belleforest. También el bearnés Bordenave escribía hacia 1591 que Lesparre había avanzado demasiado.

Pero los documentos eximen a Lesparre de esa responsabilidad. La carta que el general escribió a Francisco I el 8 de junio de 1521 frente a las murallas de la capital riojana y que creíamos perdida, acaba de aparecer en Londres. En ella deja claro que al cruzar el Ebro solo seguía las instrucciones del monarca francés. Este deseaba penetrar en Castilla para auxiliar a los derrotados –aunque no vencidos– rebeldes comuneros. Lesparre se lo dice muy claro. En Viana había llegado un mensajero con sus órdenes "y, siguiendo vuestro deseo, pasé antes de ayer el río Ebro para ver si podía tomar la ciudad de Logroño".

Licenciar sus tropas y huir hacia Pamplona

Bellay, Bordenave y Favyn acusaron a Lesparre de, llevado por la avaricia, había despedido a parte de su infantería. Pero la verdad es que, en sus cartas, Lesparre y también el coronel de su infantería, el señor de Sante Colomme, se lamenta de la indisciplina y "mala vida" de sus soldados gascones. Además, denuncian que estos desertan a diario, especialmente tras cobrar su paga mensual. Por ello, solicitan al rey que les envíe mercenarios alemanes o suizos. Y solo la inviabilidad de ese proyecto –los reclutados por el rey de Francia se encuentran a

miles de kilómetros– hace que se inclinen por sustituir a la mayoría de su infantería por soldados navarros. Y así, a toda prisa, se ordena el reclutamiento de nada menos que 8.000 infantes del reino.

La retirada desde Logroño, además, fue progresiva y ordenada, sin prisas. Tras cruzar el Ebro, Lesparre permaneció acampado en Viana nada menos que una semana. Luego dirigió su ejército hacia la Ribera Tudelana, desde donde, conforme la situación se agravaba, comenzó a replegarse lentamente hacia la cuenca de Pamplona acampando en Villafranca, Miranda, Obanos y finalmente Tiebas. Allí decidió fortificarse a la espera de que Pamplona estuviese abastecida y llegaran las tropas navarras. El ejército español nunca le "pisó los talones" y, desde luego, no cenaba donde los franco-navarros habían comido, como aseguraba Alesón. Los invasores entraron en Navarra diez días más tarde y se dirigieron –en bastante malas condiciones, por cierto– directamente hacia Pamplona.

No fortificarse

Garibay, Bordenave y Boissonnade reprochan al general franco-navarro no haber repartido sus tropas entre las villas y castillos fortificados para obligar al enemigo a dividir sus fuerzas y emprender largos asedios. Pero, ¿dónde encerrarse? Desde que entre 1516 y 1519 fueran derrocados la mayoría de los castillos y murallas navarras, prácticamente no había un lugar donde encastillarse al margen de Pamplona, Lumbier y Donibane-Garazi. Las otrora fortificaciones de Estella, Tudela, Sangüesa, Viana y Olite, por citar plazas importantes, estaban completamente inutilizadas. Además, es más que dudoso que, incluso íntegras, hubieran podido resistir a la poderosa artillería de la época. Es cierto que Francisco I ordenó a Lesparre que se fortificara en Pamplona y allí esperara al ejército de socorro que le enviaba. Lo dice muy claro en sus cartas. Pero la verdad era que a finales de aquel mes de junio Lesparre no podía hacerlo. Con las cosechas aún sobre los campos, con lo que quedaba de la escuálida anterior la capital no podía alimentar a su mucha población. Menos aún si a esta se le sumaba unos millares de soldados.

Precipitar una batalla en inferioridad

Que Lesparre precipitó la batalla atacando directamente a los españoles es cierto. Que la infantería castellana, cuando menos, doblaba en número a la suya, también. Y en que eso fue la causa de su derrota coinciden todos desde el primer momento. Lo admitía al día siguiente de la batalla uno de los generales españoles: Lesparre perdió la batalla por falta de tropas de a pie. De la misma opinión era el anónimo autor de la carta dos semanas después: la infantería franco-navarra era poca y mala.

Ahora bien, ¿tuvo Lesparre opciones? Parece ser que la resistencia de los navarros a abandonar sus casas en plena cosecha –la de los años 1520 y 1521 fueron muy malas– impidió que las tropas del reino pudieran llegar a tiempo. Aun y todo, lo hubieran hecho si no fuera porque los generales españoles, en una hábil maniobra, consiguieron precipitar la batalla al copar al ejército franco-navarro. Al pasar Erreniega y situarse entre Tiebas y Pamplona quedaba cortada la retirada. En un día o dos, descansado y reforzado, el ejército español sería invencible. Así que el general franco-navarro jugó la única carta que le quedaba: elegir el terreno más favorable y tratar de derrotarlo con sus flamantes cañones e irresistibles jinetes acorazados. Las graves heridas que él mismo recibió y su captura prueban que luchó con fe en el triunfo. No parece ser que le motivara, como le acusa Belleforest, el querer que los franceses tuvieran en exclusiva el honor de la victoria.

No esperar los refuerzos navarros y bearneses

Lesparre sabía que nada menos que 6.000 mercenarios alemanes y unas 300 lanzas de caballería pesada acudían en su socorro. Pero sabía también que, al menos los primeros, aún tardarían meses en llegar. Sí, el día de la batalla los lansquenetes estaban a más de mil kilómetros de Navarra.

La crítica más unánime a la actuación de Lesparre ha sido, sin duda, la de aceptar la batalla sin esperar a los refuerzos navarros y bearneses que estaban en camino. Ramírez de Ávalos, Garibay, Belleforest, Bordenave, Favyn, Agramont y Boissonnade cifran en 6.000 los soldados navarros y gascones que, dicen, venían a unírsele encabezados por los señores de Xabier y su primo el señor de Olloki. Pero los propios protagonistas reconocen que, al atardecer del día de la batalla, los que llegaban a Soltxaga eran tan sólo unos 1.500 hombres. Seguramente, el general también había sido informado de que las milicias municipales de muchos valles y villas estaban ya listas para partir con destino a Tiebas. Pero, tras ser copado por los españoles y a la vista de su plan de batalla, ¿podía esperar su llegada?

Por su parte, Bordenave y Boissonade critican duramente a Lesparre por no pedir ayuda y esperar a las tropas bearnesas que había reclutado el rey de Navarra. Pero lo cierto es que, a finales de junio, Enrique II ni siquiera había recibido el dinero de sus estados pirenaicos para reclutar un millar de infantes.

Los propios generales españoles relatan que unos 2.000 soldados salieron de Pamplona para atacarles. Lo que habrían hecho es un misterio, pues en ningún otro relato se habla de su participación. En todo caso, la guarnición de la capital debió de ser mucho más modesta. Apenas los gendarmes que custodiaban el castillo y algunas compañías de infantería. De hecho, la misma noche de la derrota, la suma de la guarnición y de los refugiados en la capital superaban por poco el millar de soldados: 700 navarros y 400 franceses.

Así, pues, la información con que ahora contamos de los avatares del malogrado general franco-navarro nos obliga a ser más indulgentes con él que lo fueron los cronistas e historiadores del pasado. Cinco siglos más tarde, podemos afirmar que Lesparre no lo hizo tan mal. Como en tantas ocasiones, jugó las cartas con las que contaba –que, seguramente, no eran las que hubiera querido– y se arriesgó con un plan de batalla que terminó en derrota, pero que podía haber sido una victoria. Una victoria que hubiera cambiado seguramente el destino de Navarra. Tan cierto como que la Historia no conoce la goma.